

PERSPECTIVA

CHILE EN 5D: NUEVAS PERSPECTIVAS TERRITORIALES E IDENTITARIAS

Cada territorio que es habitado por el ser humano genera una cultura e identidad propias, que se van definiendo y moldeando en función de su contexto geográfico, social e histórico, junto a las circunstancias, las relaciones internas y externas con otras comunidades, regiones y países, según la escala que se considere.

GABRIEL MATTHEY CORREA

Compositor, Ingeniero Civil,
Magíster en Gestión Cultural de
la Universidad de Chile, profesor y
coordinador del Programa, director
de la Revista MGC.





Si Chile tiene una “loca geografía” –como lo decía Benjamín Subercaseaux–, es porque en nuestro país existe una gran diversidad de territorios humanos asociados a diferentes culturas e identidades locales, aunque ello haya sido muy difícil de reconocerse oficialmente así, debido al marcado centralismo que históricamente ha impuesto la capital. No por casualidad se dice que “Santiago es Chile”, a pesar de que nuestra diversidad y contrastes socioculturales son tales que, en gran medida, “salir de Santiago es entrar a Chile”.

Hoy, frente a la constante amenaza de uniformación que conlleva la globalización, cada día se hace más necesario superar la “dictadura geopolítica” que implica el centralismo santiaguino. La necesidad y derecho a “poder ser” –a poder ejercer la cultura e identidad propias–, exige una efectiva “democratización territorial”, que permita el desarrollo de cada lugar según sus propias singularidades y potencialidades. Solo así nuestra variedad y riqueza culturales serán visibles, valoradas, asumidas y respetadas.

No obstante, ampliar la mirada y conciencia implica repensar el territorio nacional más allá del concepto lineal y estrecho que tenemos, toda vez que tradicionalmente nos referimos a él solo por su longitud –“a lo largo de Chile”, decimos–, olvidándonos que al menos vivimos en un espacio tridimensional (3D). Vicente Huidobro escribió: “Los cuatro puntos cardinales son tres: el sur y el norte”, acaso como un llamado de atención y provocación hacia esa estrechez psíquica que tanto nos limita, marcada por una visión miope, unidireccional –quizás influenciada por el eje longitudinal de la autopista norte-sur–, que se fomenta insistentemente en nuestro territorio físico y mental. Ya a partir de la educación básica se impone este sesgo que nos impide ver más allá. Sin embargo, Chile no solo tiene largo, no solo existe desde Arica a Magallanes: también tiene ancho y alto.

Son los cajones cordilleranos y valles transversales los que definen nuestra segunda dimensión (2D), gracias a los torrentosos ríos que corren desde las cumbres andinas hacia el mar, que a través de miles de años han sabido labrar sus paisajes y territorios humanos. Cada uno de ellos –con su particular geografía y microclima– genera una cultura que le es propia y diferente. Penetrarlos permite una primera aproximación hacia el Chile profundo, mundos

“No por casualidad se dice que “Santiago es Chile”, a pesar de que nuestra diversidad y contrastes socioculturales son tales que, en gran medida, “salir de Santiago es entrar a Chile”.

rurales o “ruralanías” de universos contrastantes con el país occidentalizado, aquel de las ciudades que definen sus “ciudadanías”. Si se hace un breve recorrido, en la pampa del desierto nortino se aprecia un ancho que se agranda en la región de Antofagasta, con un eje de oriente a poniente cargado de historias y minerales. Por su parte, en el sur austral se llega aún más lejos, con una Patagonia que se expande hacia el infinito, con la belleza de Puerto Natales y grandeza de Punta Arenas, superando las fronteras geopolíticas, uniendo pacíficamente a Chile con Argentina.

Pero nuestra loca geografía también tiene una altitud, aquella que define nuestra tercera dimensión (3D). Baste considerar las alturas altiplánicas, con sus vizcachas y llaretas, o los pueblos aymaras y atacameños, cuya cosmovisión se conecta con el cielo, con mundos que saben mirar las estrellas, hoy proyectados a través de la astronomía y sus observatorios. Por otra parte, en el intermedio se encuentran las pampas salitreras y, tres mil o cuatro mil metros más abajo, en el litoral, son los puertos y las caletas de pescadores las que definen sus culturas costinas, muy diferentes a las de arriba, donde el ritmo de vida y mentalidades de la puna contrastan con los horizontes marinos.

Lo propio ocurre en la zona central, con el mundo de los arrieros cordilleranos o de los centros de *ski*, que marcan diferencias al descender desde los altos nevados hasta los valles trabajados por campos de frutas, viñas y cultivos tradicionales –campesinos y huasos incluidos–, llegando a la cota cero, allí donde rompen las olas del océano Pacífico y se encuentra el histórico cosmopolitismo de Valparaíso. Más al sur son los pehuenches que viven en las cumbres, junto a los volcanes y bosques de araucarias, quienes desde sus altitudes construyen sus culturas, distintas a las que descenden por los ríos, variando a través del valle central, donde viven los mapuches junto a descendientes hispánicos y alemanes, para continuar hasta alcanzar las zonas costeras, encontrándose pueblos y caletas como Arauco y Lebu, o ciudades y puertos como Concepción, Talcahuano y Puerto Montt.

Así se puede acceder a un Chile en 3D, con su largo, ancho y alto de múltiples rincones, tal cual los llamó Mariano Latorre, intimidades y libertades emocionales y mentales, que nos hablan de nuestra diversidad cultural, aquella que aún no sabemos escuchar, valorar ni respetar, pues todavía insistimos en controlarla e intervenirla, sin dejarla ser. Mas, si queremos revertir la situación y acceder a tal diversidad, entonces es necesario avanzar sin miedos ni ren-





cores, abriéndonos paso hacia las geografías de historias e identidades humanas, allí donde empieza a descubrirse el Chile profundo, la cuarta dimensión, aquella referida al tiempo, a la memoria, a las trayectorias de vida que relatan las experiencias vividas y aprendidas –sufridas y celebradas–, conocimientos milenarios de nuestras etnias, que en los últimos 500 años se cruzaron con Occidente, tejiendo una trama mestiza que define la esencia y síntesis de nuestro país en 4D.

La quinta dimensión es propia del siglo XXI, producto del mundo globalizado en el que vivimos, marcado por una relación de interdependencia entre los países, donde valen más las fronteras mentales que las físicas. Gracias a la realidad virtual y a los medios de transporte y comunicación, Chile está en el mundo y el mundo está en Chile, lo cual en definitiva nos permite vivir simultáneamente lo local (en 4D) y lo global (en 5D). Esto cada día se puede hacer más patente, en la medida que tomemos más consciencia y compromiso con el planeta que habitamos, haciéndonos parte de la “planetanía”. Chile también se ve y construye desde afuera de nuestro territorio físico.

Con todo, la invitación es a expandir nuestra mente para evolucionar desde un Chile lineal –atrapado en su tradicional longitud– hacia un Chile en 5D, multidimensional. Se trata de atrevernos a vivir en el Chile profundo, allí donde nuestras culturas adquieren mayor espesor, con un pasado que se remonta a 15.000 años de historia etnoamericana y 500 años de occidentalización, y un futuro –también profundo– que solo es legítimo e interesante de ser construido a partir de nuestra condición mestiza y diversidad cultural, incluidas las nuevas migraciones.

Consecuentemente, desde un punto de vista antropológico y democrático, en la época actual poco sentido tiene hablar de “identidad nacional”; más sentido tiene hacerlo sobre una familia de culturas locales –a escala humana– que, con ciertas características comunes y otras diferentes –sin olvidar la creciente diversidad de orígenes–, conviven orgánicamente dentro de un mismo territorio llamado Chile. De esta forma, tejiendo redes socioculturales –de reconocimientos, valoraciones, intercambios y respetos mutuos– se constituye lo que es nuestro “continuo identitario”. ■